

# LA DEFENSA DE LAS COSTAS MEDITERRÁNEAS

Enrique MARTÍNEZ RUIZ  
Catedrático de Historia Moderna  
Universidad Complutense de Madrid

Después de la muerte de Solimán *el Magnífico* (1566) y de la derrota de la flota turca en Lepanto (1571), disminuye bastante la presión turca sobre la Europa cristiana; pero en el Mediterráneo occidental se mantiene la actividad de la piratería berberisca, un auténtico azote para los habitantes y la vida en el litoral, que había obligado a levantar un dispositivo defensivo, cada vez más complejo, donde las torres vigías o pequeñas atalayas y las fortificaciones juegan un papel fundamental (1).

## **Enfrentamiento político/religioso y delimitación territorial**

Desde que los turcos conquistaron Bizancio en 1453, la amenaza islámica se cierne sobre Europa en una doble dirección, por el continente y por el mar. En su progresión tierra adentro, los otomanos van a ser detenidos en Viena, en cuya conquista fracasan (1529-1530), pero su posición en el sureste europeo dará lugar a una guerra larga, cruenta y costosa en medios. En las aguas y orillas del Mediterráneo, el enfrentamiento entre cristianos e islamistas será otra constante, que obligará a fortificar las orillas. Un esfuerzo en el que la monarquía hispánica va a desempeñar por el lado cristiano un papel de primer orden, convirtiéndose esa tarea defensiva en un esfuerzo que se irá ampliando progresivamente, al ritmo que se van incorporando territorios a sus posesiones, en un proceso militar que se desarrolla en unos escenarios específicos con realizaciones concretas en la renovación de la infantería, la artillería y la fortificación.

Ese proceso se inicia con los Reyes Católicos, en concreto con las guerras de Italia contra Francia, que deja a los reyes españoles dueños de Sicilia y de Nápoles. Esas guerras son un auténtico «laboratorio» militar, donde se esbo-

---

(1) La defensa es una de las principales preocupaciones de la monarquía hispánica, cuyos dilatados territorios ofrecían múltiples puntos vulnerables a sus enemigos, por lo que ha de mantener elevados contingentes militares, una importante cobertura naval a cargo de sus armadas y un titánico esfuerzo fortificador. Para todas estas cuestiones, remitimos a MARTÍNEZ RUIZ, E.: *Los soldados del rey. Los Ejércitos de la monarquía hispánica (1480-1700)*, Madrid, 2008. El lector encontrará una amplia información y una abundante bibliografía al respecto. En su contenido no falta la defensa costera, objeto de estas páginas, en las que damos papel principal a la fortificación, en cuyo análisis pomenorizamos, cosa que no hacíamos allí.

zan unas tendencias irreversibles en la batalla y, en la defensa y en el asedio de ciudades y fortalezas. Por lo pronto, la infantería ya apunta las «maneras» que la van a convertir en dueña y señora del campo de batalla, en detrimento de la caballería; mientras los ingenieros y los arquitectos militares han creado un nuevo modelo de fortificación destinado a neutralizar los efectos del bombardeo artillero.

Las novedades poliorcéticas van imponiéndose progresivamente, «modernizando» viejas fortalezas o creando nuevos espacios defensivos, manteniéndose, durante muchos años, antiguos sistemas de vigilancia que en algunas zonas mediterráneas de la península Ibérica, como las costas del antiguo reino nazarita granadino, proceden de la Edad Media. En efecto, conquistada Granada, el dispositivo militar se confió a los Mendoza, dispositivo del que nos interesa destacar la línea costera de atalayas y torres vigías, apoyadas por las fortalezas reales y sus guarniciones, y cinco compañías de caballería y cuatro de infantería, ubicadas en las capitales de los distritos litorales, cuya misión era doble: evitar ataques exteriores turcos y berberiscos e impedir que la comunidad morisca reciba ayuda de sus correligionarios.

Concluida la guerra con el islam granadino, los Reyes Católicos preparan su ofensiva en Italia y, para ello, van a reformar su ejército, potenciando la significación de las guardas, una fuerza de caballería pesada con la que pensaban estar a la altura de su enemigo, Francia, que poseía una caballería de esta clase con reputada fama de eficacia. Pero la guerra en Italia será el umbral del predominio militar de la infantería, sobre todo cuando se generalizan las armas de fuego portátiles y, además, en Italia ya se estaba viviendo la modernización de las fortificaciones.

En efecto, el elemento que alteró el juego «imperante» fue la invención a comienzos del siglo xv de los cañones de sitio, poderosos artefactos de eficacia, en principio, más aparente que real, pero de indudable impacto en las guarniciones (2). A lo largo del siglo y posteriormente, la artillería experimentará un largo proceso de perfeccionamiento, que simplificará las operaciones, aunque no era tan decisiva ni operativa como lo sería después: piezas muy pesadas, difíciles de transportar, lentas de manejo, imprecisas en su utilización..., demasiadas cuestiones a resolver que exigirán tiempo, aunque su influencia es incuestionable (3).

Sin embargo, la aparición y difusión de las modernas piezas de artillería provocarán la búsqueda del «antídoto» y el primero que propugnó un cambio en los sistemas de construcción de las fortificaciones fue el italiano León

---

(2) Véase, entre otros, COOPER, E: *Castillos señoriales en la corona de Castilla*, Valladolid, 1981.

(3) Para el caso español, por ejemplo, es ilustrativo, PARKER, G.: *La revolución militar. Innovación militar y apogeo de occidente (1500-1800)* Madrid, 2002, p. 35. Una ilustración nacional del proceso evolutivo que experimenta la artillería con especial referencia a los años siguientes al periodo que aquí nos ocupa, pero con referencias que pueden ayudarnos a entender mejor esa evolución, en CONTAMINE, PH.: «Les industries de guerre dans la France de la Renaissance: l'exemple de l'artillerie», en *Revue Historique*, n.º 550, avril-juin, 1984, pp. 249-280.

Battista Alberti, humanista y arquitecto, que sostenía que si las murallas fueran construidas como dientes de sierra y los recintos en forma de estrella, podrían resistir mejor el fuego artillero. Pero sus propuestas no fueron estimadas más que en contados casos, por lo que siguió predominando el sistema tradicional de construcción (4). Hasta que Carlos VIII de Francia no invadió Italia en 1494-1495, con 18.000 hombres y un tren de artillería de más de 40 piezas, los contemporáneos no empezaron a admitir que la guerra estaba cambiando; un cambio que se acentuaría desde entonces y que le haría escribir a Maquiavelo, en la segunda mitad del segundo decenio del siglo XVI, que desde 1494 ya no había muro, por grueso que fuera, que la artillería no pudiera destruir en unas cuantas jornadas (5).

La afirmación de Maquiavelo sería válida sólo en relación con las fortalezas dominantes y con las murallas verticales; pero no para el nuevo procedimiento defensivo que los arquitectos militares ya estaban perfilando y que daría como resultado un recinto formado por murallas bajas y muy gruesas, con el bastión como elemento dominante y con un foso muy amplio delante. A medida que el alcance de las piezas de artillería fue haciéndose mayor, las murallas se reforzaron y protegieron con revellines, hornabeques y coronas. Pero la nueva estructura de las murallas, si bien protegía mejor a sus defensores, limitaba sus posibilidades para vigilar el terreno y era más vulnerable en un ataque inesperado, por lo que fue necesario aumentar la capacidad de fuego defensivo mediante piezas que sobresaliesen de las murallas, dispuestas de manera que pudieran rechazar a los asaltantes y mantuvieran lejos a la artillería sitiadora. La adecuada disposición de bastiones y la acertada colocación de la artillería, manejada por los defensores, generalizarían el nuevo sistema de fortificación —la *trace italienne*—, que aún hoy impresiona. Una muestra de su imponencia la tenemos en las fortificaciones de Berwick-on-Tweed, levantadas en la década 1558-1568 y unas de las que mejor se conservan. Viéndolas se comprende porque las ciudades así fortificadas sólo podían tomarse en la época tras someterlas a un bloqueo total, por lo que hubo que perfeccionar las técnicas de asedio.

«La traza italiana desempeñó un papel determinante en la historia de Europa hacia la década de 1530, como fortificación a prueba de cañones... Después de 1525 (Pavía) cesaron las batallas a gran escala y se impusieron los

---

(4) Alberti escribió sus ideas en la década de 1440, en un tratado con el título *De re aedificatoria*, que no fue editado hasta 1480 y su contenido tardaría lustros en aplicarse. Para estas cuestiones remitimos al volumen *Las fortificaciones de Carlos V*, Madrid, 2000, que coordinado por HERNANDO SÁNCHEZ, C. J.: contiene varios trabajos de interés, en particular los firmados por MORA PRIS: *Arte y Técnica en la fortificación*, pp. 157 y ss.; COBOS GUERRA Y CASTRO FERNÁNDEZ: *Diseño y desarrollo técnico de las fortificaciones de transición española*, pp. 219 y ss., y el de VILLENA: *Libros sobre fortificaciones. La circulación de los saberes técnicos*, pp. 271 y ss.

(5) MAQUIAVELO, N.: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, en particular el cap. 6. Esta obra fue escrita entre 1515 y 1519, pero no vio la luz hasta 1531.

asedios... La propagación de la traza italiana hizo que el tamaño del ejército español tuviera que ser incrementado en cantidades cada vez mayores» (6).

Este sistema de fortificación se impondría con claridad por Europa a lo largo del siglo XVI, jalonaría igualmente las costas de la América española y también, muy pronto, aparecería en el norte de África, otro de los escenarios del enfrentamiento entre cristianos y musulmanes. En esta zona los españoles están presentes desde principios del quinientos, pues, conquistado el último reducto independiente del islam español, se plantea la ofensiva en la «otra orilla», al otro lado del mar, donde se llevarán a cabo una serie de conquistas que, más que cabezas de puente para una futura progresión, constituían la primera línea defensiva de una hipotética o presumible nueva invasión africana de la Península.

De esta forma se completaba el dispositivo territorial mediterráneo que heredaría la monarquía hispánica y a cuya defensa tendrá que atender durante los siglos XVI y XVII: las costas de la península Ibérica y de las Baleares, las de las islas y costas italianas y los enclaves norteafricanos.

### **Dispositivos defensivos**

Para la costa del reino de Granada, los Reyes Católicos emitieron una serie de disposiciones, en torno a 1497, con la instrucción de 13 de septiembre de ese año como pieza fundamental, cuyo objetivo era defender esa complicada costa y a sus habitantes. En realidad, se trataba de mantener un procedimiento, que durante la Edad Media se había utilizado por musulmanes y cristianos, para avisar a las poblaciones de los peligros que se presentaban en el litoral, utilizando una serie de recintos (almenaras o torres elevadas donde había un retén de vigilancia de escasos efectivos) distribuidos en línea a lo largo de la costa de forma que desde uno se podía ver el anterior y el siguiente, a fin de percibir la señal que uno de ellos pudiera hacer y transmitirla, señal que por lo general era de humo durante el día y luminosa —una fogata— por la noche, sin descartar el sonido de campanas o el rápido envío de mensajeros. Entre las torres almenaras se intercalaban algunas fortalezas de entidad (eran los castillos de las ciudades importantes, como Fuengirola, Málaga, etc.), donde había guarniciones encargadas de prestar el auxilio necesario, llegado el caso. Este dispositivo se va incrementando con más torres a lo largo del siglo XVI hasta formar una especie de rosario, muchos de cuyos elementos perduran hasta hoy, tras sufrir unos reajustes, sobre todo después de 1571, después de la dispersión de los moriscos que se habían sublevado en 1568.

---

(6) MCNEILL, WILLIAM, H.: *La búsqueda del poder (tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. Cristo)*, Madrid, 1988, p. 204.

Respecto al incremento de efectivos, las siguientes cifras pueden resultar ilustrativas: el Ejército de Carlos V, a mediados de siglo, se componía de 150.000 hombres; el de Felipe II, en la década final de su reinado, llegaba a los 200.000, y el de Felipe IV, en 1630, estaba en torno a los 300.000.

Pero a medida que pasan los años, el dispositivo defensivo se debilitó y en el siglo XVII las condiciones de la defensa no mejoraron; la falta de mantenimiento hizo que las fortificaciones prosiguieran su deterioro. Cualquier obra de reparación, por pequeña que fuera, generaba una compleja burocracia de fastidiosa y lenta tramitación, que no siempre se resolvía favorablemente.

«La realidad es que, burocracia aparte, la defensa costera había entrado en un profundo declive del que no va a reponerse. Los males endémicos, que siempre padeció, se intensificaron con la enorme crisis económica que sacudía al país e, incluso, en 1671, se intentará suprimir la Capitanía General de la Costa» (7).

Más al norte de las tierras granadinas, nos encontramos con el reino de Murcia, que compartía los mismo riesgos y amenazas, cuya neutralización se propuso con soluciones parecidas y que veremos repetidas también más al norte, en tierras valencianas. En efecto. La respuesta murciana al peligro berberisco consistió, por un lado, en la edificación de una línea de torres defensivas, similar a las granadina y valenciana, costeadas por las —siempre deficitarias— haciendas municipales, con las mismas funciones preventivas para avistar y avisar de los peligros procedentes del mar, dando tiempo a que se movilizaran las poblaciones «interiores» (8). Por otro lado, sobre las poblaciones recaería el protagonismo, no deseado, de acudir a los rebatos y auxilios costeros, sobre todo en los casos en que los mecanismos de las movilizaciones eran rápidos y directos, más que en los casos en que todo el reino tenía que movilizarse, algo que era responsabilidad del Adelantado —institución militar que controlaban los Fajardo (9)— y que afectaba a las tropas concejiles de Murcia, Lorca, Cartagena, las Nueve Villas, las 17 villas de Chinchilla, Villena, los partidos de Villanueva de los Infantes y de Segura y a las tierras de las órdenes militares y de señorío (10).

«Determinante para la organización de la vigilancia y defensa de la costa fue la escasa población de la banda litoral. Vivir en la costa implicaba una continua exposición a los asaltos corsarios, cuyo mayor riesgo era la ruina familiar, bien por el robo de ganado y las cosechas, o bien por el pago del rescate de los cautivos. Como consecuencia el socorro de la costa recayó en

---

(7) BAREA FERRER, J. L.: «La defensa de Motril en la época de los Austrias», en *Chronica Nova*, núm. 17, 1989, p. 48.

(8) Vid. RUIZ IBÁÑEZ, J. J.: *La frontera de piedra: desarrollo de un sistema estático de defensa en la costa murciana (1588-1602)*, en SEGURA ARTERO, P. (Ed.): *La frontera oriental nazarí como sujeto histórico (siglos XIII-XVI)*, Almería, 1997, pp. 657-662.

(9) JIMÉNEZ ALCÁZAR, J. F.: «Adelantados y mando militar: los Fajardo en Murcia (s. XV-XVI)», en *La organización militar en los siglos XV y XVI*. Málaga, 1993, pp. 151- 159.

(10) Vid. RUIZ IBÁÑEZ, J. J.: *Las dos caras de Jano. Monarquía, ciudad e individuo. Murcia, 1588-1648*, Murcia, 1995.

las dos principales ciudades del reino, Murcia y Lorca, aunque, en realidad, estaban obligadas a este servicio todas las poblaciones a menos de 20 leguas de la costa, lo que se hizo efectivo cuando la envergadura de la flota enemiga sobrepasaba lo habitual» (11).

Cuando el peligro se alargaba, se establecía un sistema de guardas y vigilancia, que en el caso de Cartagena, la importante base naval del Mediterráneo, venía a complementar la débil estructura defensiva, consistente en una fortaleza o castillo levantado el siglo XIII, unas guardas litorales y su milicia urbana. El castillo era sostenido por la corona, pero nunca tuvo efectivos significativos (12).

Una de las principales preocupaciones para la población del reino de Valencia, como para el resto del litoral, la constituían los ataques de corsarios berberiscos y turcos, un peligro siempre presente; a partir de 1503, van menudeando asaltos a las poblaciones del litoral, obligando a las autoridades locales y territoriales a arbitrar procedimientos de defensa consistentes en la organización de un sistema de torres vigías y unas milicias protectoras de las ciudades, villas y lugares.

En el caso de las torres de vigilancia —similares a las granadinas—, la costa se fue cubriendo de edificaciones de esta naturaleza, algunas de las cuales ya existían desde siglos atrás; pero en el siglo XVI fue cuando el sistema adquiere su plenitud, pues se reconstruyen las que se habían arruinado y se levantan otras de nueva planta, emplazadas unas y otras en sitios estratégicos para vigilar la llegada de navíos enemigos y avisar de su proximidad con tiempo de que los vecinos se aprestaran a la defensa.

«Durante el siglo XVI, la Generalidad tomó a su cargo la organización del servicio en las [torres] existentes y, además, para una mejor vigilancia, se levantaron otras...

»Estratégicamente alzadas, avistaban al enemigo antes de que llegara a la costa. Por medio de ahumadas, de día, y luminarias, en la noche, se comunicaban entre sí. Su custodia estaba encomendada a cuatro hombres: dos de a pie, que realizaban continua vigilancia, y dos de a caballo, encargados de la vigilancia del trayecto comprendido entre dos torres, comunicación, petición de auxilio, etc.

»La mayoría fueron construidas en tiempos de Felipe II, monarca que mandó asimismo fortificar todos los castillos de la costa alicantina. Tenemos,

---

(11) DIAZ SERRANO, A.: «Las ciudades movilizadas para el servicio del rey: el reino de Murcia y la república de Tlaxcala», en *II Jornadas históricas relativas a las milicias del rey de España* (2006), *Mesa II: Tradiciones de defensa y poder municipal en la monarquía hispánica*, consultada en la web Red Columnaria.

(12) Vid. MONJOTO MONJOTO, V.: «Configuración del sistema defensivo de la Cartagena moderna», en *Historia de Cartagena*, t. VII, Murcia, 1992.

no obstante, otras de origen más remoto, cuya base se aprovecho para las nuevas construcciones» (13).

Esta misión preventiva sería su principal cometido, tanto en el siglo XVI como en el XVII. En caso de peligro, las torres podían resistir algún ataque, pero no estaban acondicionadas para soportar un largo asedio ni mantener a raya a los navíos corsarios, aunque algunas de ellas contaban con alguna pieza de artillería. Además, desde ellas podían salir guardas a caballo —los atajadores— para recorrer calas y lugares apartados por si descubrían enemigos, avituallándose o haciendo aguadas, y dar los pertinentes avisos. Los pescadores debían esperar sus noticias antes de hacerse a la mar para saber si había peligro o no.

Más al norte, en la esquina que forman el Mediterráneo y los Pirineos orientales, Cataluña juega un papel doblemente fronterizo: por un lado, es uno de los frentes en la lucha contra Francia y por otro, ha de plantearse la protección del litoral de ataques berberiscos y piráticos; sin embargo, esta dimensión de su defensa carece de la entidad que tiene la de su condición de frontera terrestre, particularmente en el siglo XVII y no sólo en los años de la sublevación (14).

Posiblemente, en Cataluña quede de manifiesto más claramente una realidad incuestionable: los ataques piráticos podrían ser dramáticos y destructivos, pero no tenían repercusiones en la disposición territorial, toda vez que los efectivos que perpetraban esos ataques no eran considerables y carecían de la entidad necesaria para mantenerse en el terreno atacado y, mucho menos, para pensar en hacer duradera una conquista ocasional: en su dinámica, son en realidad golpes de mano. No sucedía lo mismo con el peligro que encarnaba Francia, al otro lado de la frontera pirenaica, pues la pugna mantenida con los galos, sobre todo después de 1635, pasa por momentos de especial gravedad, tanto con la sublevación catalana desde 1640 como en los años finales del reinado de Carlos II (15). Francia, no sólo tenía capacidad militar para invadir el territorio catalán, sino también podría retener las conquistas que realizara o exigir un considerable esfuerzo por parte de España para expulsarla al otro lado de la frontera. Por eso, desde Barcelona se reclama una política activa de fortificaciones que estaban pensadas para frenar a los franceses, pero cuyas carencias se evidencian tanto en las plazas del interior como en las del litoral, aspecto en que Cataluña sufre las mismas penurias que el resto de los territorios españoles. El dinero, una vez más resultaba determinante.

---

(13) SEIJO ALONSO, F. G.: *Torres de vigía y defensa contra los piratas berberiscos en la costa del reino de Valencia*, Alicante, 1978, pp. 11 y 12. Vid. también, FURIÓ, A., y APARICI, J.: (Eds.): *Castells, torres i fortificacions en la Ribera del Xúquer*, Valencia, 2002.

(14) Vid. MARTÍN, O., y GALLART, E.: «Els sistemes defensius de la costa catalana contra la pirateria i el corsarisme (XVI i XVII)», en *Manuscrits, Revista d'Historia Moderna*, núm. 7, 1988, pp. 225-240.

(15) Vid., por ejemplo, ESPINO LÓPEZ, A.: *Cataluña durante el reinado de Carlos II. Política y guerra en la frontera catalana, 1679-1697*, Barcelona, 1999.

En consecuencia, la verdadera amenaza estaba en el vecino continental, no en el mar. Si bien, las noticias sobre la presencia y los ataques de corsarios menudean desde fecha muy temprana y el mismo Carlos V lo comprueba en 1519, en su primera estancia en Barcelona, puerto que juega un papel muy destacado como base de operaciones en la preparación de la jornada de Túnez (16).

En cuanto a las Baleares, su estratégica posición en el Mediterráneo contribuye a dispensar seguridad desde «fuera», al ser una avanzada en el mar que conecta con los demás espacios españoles de este ámbito, pero también las hace más vulnerables y van a estar sometidas a constantes ataques turcos y berberiscos, con frecuentes choques en el mar y obligando a las islas a atender su propia defensa, tanto por medio de movilizaciones de la población, como mediante el levantamiento de defensas para la protección de villas y lugares. Una protección fortificada que viene de lejos (17), y desde fines del siglo xv, con la generalización de la artillería, se van incorporando a las viejas murallas los nuevos sistemas de fortificación (18).

Por lo que respecta a Menorca, la defensa de la isla descansaba en dos tipos de fortificaciones: uno ha sido denominado «mayor», y se refiere a los castillos y recintos amurallados de ciudades construidos por la Corona y las universidades o gobierno autónomo; el otro, denominado «menor», engloba las torres construidas por propietarios particulares en sus posesiones rurales. A ambos hay que añadir las torres vigías construidas por la Universidad General de la isla. La fortificación mayor tiene sus bases fundamentales en la Edad Media, y la constituyen el castillo de Santa Águeda, el recinto fortificado de Ciudadela y el recinto amurallado de Mahón, que desde mediados del siglo xvi se fue abandonando, confiando en que el castillo de San Felipe —iniciado en 1555 y finalizado cuando acababa el siglo— bastaba para la defensa; mientras que Ciudadela sí conservará plenamente operativo su recinto amurallado, en el que a lo largo del siglo xvii se construyen ocho baluartes. En este sentido, la defensa de Menorca va a descansar sobre tres puntos principales: ciudadela, el castillo de San Felipe en Mahón y el castillo de San Antonio en Fornells, cuya construcción se inicia en torno a 1636 y acaba en 1662, aunque hay obras que se alargan hasta 1680.

---

(16) Vid. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.: «Carlos V y Cataluña», en *Pedralbes*, núm. 5, 1985, pp. 21 y ss.

(17) Sobre las fortificaciones en Baleares, pueden consultarse entre otras, las siguientes obras: FORNALS VILLALONGA, E.: «Los ingenieros y las fortificaciones de Menorca. Siglos xvi y xvii», en *Meloussa*, núm. 1, 1988; pp. 101-140; «Fortificaciones de Menorca», en *Cuadernos de Historia Militar*, núm. 1, 1991; RAMIS Y RAMIS, A.: *Fortificaciones antiguas de Menorca* (1832), Ciudadela, 1978 (Facsímil) POSADAS, E.: *Torres de defensa*, Ibiza, 1985; *Las murallas de Ibiza*, Ibiza, 1989; *Torres y piratas en las islas Pitiusas*, Ibiza, 1989; SAURA, J.: *Historia de les muralles i fortificacions d'Alcúdia*, Alcúdia, 1992; GONZÁLEZ DE CHAVES ALEMANY, J.: *Fortificaciones costeras de Mallorca*, Palma, 1986.

(18) ALOMAR ESTEVE, G.: «Recintos abaluartados en las islas Baleares desde el siglo xv hasta el siglo xviii», en *Cuadernos de Historia Militar*, núm. 3, 1993, pp. 179-190.



En el caso de Mallorca, la protección de ataques desde el mar descansa también sobre los dos tipos de torres señalados, las atalayas (o torres de fuego y vigilancia) y las torres de defensa (o armadas); como ya sabemos, aquellas tenían la finalidad principal de avisar por medio de humo o fuego de la proximidad del peligro y éstas, resistir los ataques y rechazar al enemigo. En definitiva, un sistema similar al que hemos visto en otras tierras mediterráneas. Por lo que se refiere a la ciudad, Fernando el Católico y el emperador Carlos V van a propiciar esfuerzos para modernizar las murallas, que se habían quedado anticuadas, y así se fueron construyendo bastiones, pero antes de terminar 1557, en Mallorca dominaba un sentimiento de indefensión y peligro, estimulado por la toma del castillo de la isla de Cabrera por piratas islámicos, que lo abandonaron poco después. En Mallorca se percataron de inmediato de la gravedad del hecho para la seguridad de la isla, pues Cabrera tenía un buen puerto y era fácil la aguada, de manera que unas galeras turcas podían apostarse allí, amenazar Mallorca —podían llegar en una travesía nocturna— y entorpecer la navegación en aquellas aguas. Por eso buscaron remedio, pero dejaron la solución a iniciativa de la corona y, aunque la reclamaron con reiteración, el tiempo pasó sin que se pusiera remedio decidido (19). Por otra parte, el castillo de Alcudia y el de Cabrera eran las «llaves» de la isla, que tampoco estaban terminadas adecuadamente en el último tercio del siglo XVII (20).

Ibiza, en cambio, tuvo siempre fama de plaza bien artillada, a pesar de contar con una milicia y una guarnición que en 1666 superaba los 2.400 hombres: la mayor parte de sus 54 piezas eran de bronce. También en esta isla se registraría un esfuerzo de la corona por remediar los males de una indefensión secular (21). Pero lo cierto es que la corona difícilmente podía mantener la guarnición al completo y la milicia no era una solución de garantía, de manera que la isla, en algunos casos, podría hacer frente con éxito a la amenaza berberisca, pero sus opciones ante una armada enviada por los rebeldes flamencos o por Francia eran escasas, por no decir nulas.

En el ámbito italiano, España concentra su interés en Nápoles y en las islas cercanas, ya que en el centro del mar Mediterráneo poseen una estratégica posición como base para las flotas hispánicas, que pueden reunirse y abrigarse, llegado el caso, en Nápoles, Palermo, Mesina, Augusta, Brindisi y Tarento; en especial, Mesina fue el puerto esencial en las ocasiones más peligrosas, gracias a su posición, a sus facilidades de abastecimiento y a su cercanía a Nápoles. El establecimiento español en Italia comienza a finales del siglo XV, como hemos visto más atrás, y con la paz de Cateau Cambresis (1559) se puede dar por concluido el periodo de asentamiento y control de los territorios antes mencionados; en ese tiempo los enemigos son básicamente los turcos y

---

(19) Vid. BELENGUER CEBRIÀ, E.: *Un reino escondido: Mallorca, de Carlos V a Felipe II*, Madrid, 2000, pp. 45 y ss.

(20) ALOMAR ESTEVE: «Recintos abaluartados en la islas Baleares...», 182 y ss.

(21) Una síntesis del proceso fortificador ibicenco y de la labor del «ingeniero proyectista» Fratin, del realizador Juan Alonso Ruvían y la inconclusión final: Antoni Saura, en ESCANDELL, B.: *Ibiza y Formentera en la corona de Aragón*, t. II, Palma 1995, pp. 525 y ss.

los franceses y para organizar la defensa, España aprovecha la infraestructura que encuentra cuando llega —fortificaciones y torres vigías— y la va adaptando a la nueva situación, levantando además dos elementos básicos para el futuro, como son los tercios y las flotas de galeras.

Particularmente Nápoles y Sicilia tenían, desde comienzos del siglo XVI, sus costas y parte del interior fortificadas con recintos amurallados, en su mayor parte en mal estado y claramente anticuados, por lo que la modernización del dispositivo defensivo va a exigir años de obras continuadas y, en algunos casos, se alargan tanto, que casi crean desesperanza. Y por si fuera poco, había que ampliar los ámbitos fortificados a causa del aumento del peligro turco, sobre todo por la actividad desplegada desde 1558, teniendo que fortalecer las defensas de Palermo, Marsala, Trápani, Sorrento y Gaeta, entre otras, movilizando también muchos efectivos.

Hasta mediados del siglo XVI, la política defensiva del litoral, particularmente en Nápoles y en Sicilia, no había estado definida, pues oscilaba entre el reforzamiento de la escuadra de galeras y el reforzamiento e incremento de las defensas terrestres: el dilema entre la *defensa móvil* o la *defensa estática*. En la segunda mitad del siglo XVI, el peligro turco y el incremento de la actividad berberisca obliga a acelerar la conclusión de la organización defensiva de aquellos territorios, apoyándose en las cadenas de atalayas y plazas fuertes y en la reorganización de las milicias para reforzar las guarniciones del Ejército, llegando el caso. Un esfuerzo que se continúa en los primeros años del siglo XVII.

Durante más de veinte años, en Nápoles y Sicilia se invierte el verano en tareas preventivas, hasta que la llegada del invierno permite bajar la guardia temporalmente.

«En cuanto a las fortificaciones españolas y norteafricanas, las armadas turcas no suelen rebasar la línea napolitana y siciliana, prolongada por el poderoso eslabón de Malta hasta la costa de Berbería, donde el presidio de la Goleta quedará sólidamente anclado a partir de 1574. Y no precisamente porque esta línea sea capaz de detenerlas, sino porque los turcos, después de apoderarse del botín, rara vez se aventuran a seguir adelante. Pero nada les impide hacerlo cuando les conviene, del mismo modo que no tropiezan con obstáculos de navegación entre Turquía y los puertos berberiscos» (22).

El sistema defensivo terrestre de los espacios meridionales estaba casi concluido en las primeras décadas del siglo XVII y ya no habría novedades, prácticamente. Ese sistema estaba compuesto por los castillos existentes en las principales ciudades y en los lugares estratégicos de la costa, cuya guarnición la constituía la infantería española, de la que existía un tercio en cada reino y era ayudada por unidades de caballería y una flota de galeras en cada uno de

---

(22) BAREA FERRER, J. L.: Estudio introductorio a GAMIR SANDOVAL, A.: *Organización de la defensa del reino de Granada desde su reconquista hasta finales del siglo XVI* (Granada, 1943), Granada, 1988, p. 20.

los tres espacios marítimos, vigilados por sus respectivos rosarios de torres fronterizas. Si el peligro lo exigía, podían convocarse las milicias de a pie y a caballo: en definitiva, un sistema muy parecido al que existía en varias regiones españolas, como hemos visto anteriormente.

La progresión española en el norte de África se atuvo a un procedimiento repetido con reiteración, consistente en la ocupación de enclaves costeros sin penetrar tierra adentro, lo que entrañaba una gran restricción espacial, ya que no se llegó nunca a conquistar u ocupar reinos o regiones enteras (23). Por otra parte, en las expediciones se procuró en todo momento economizar costos, porque la hacienda real no estaba en condiciones de hacer dispendios, así que, la corona echó mano de recursos aristocráticos, eclesiásticos y de préstamos privados (24).

Un procedimiento que ponen en marcha los Reyes Católicos y Cisneros, por el que se conquista una plaza, se fortifica y de refuerza; pero no se proyecta un avance hacia el interior, entre otras cosas porque no había fuerzas suficientes para ello y las disponibles a duras penas bastaban para mantener la conquista. Además, cualquier otra misión suponía una empresa muy aventurada e incierta, al tener que llevar el soldado todo su equipo, víveres y agua, por no conocer bien el medio geográfico, ignorando donde estaban los manantiales y cuales eran los mejores caminos. Dificultades que se añadían a las que había que superar cada día: la falta de recursos, el clima extremo, compleja sincronización en los desembarcos y embarques de tropas y la misma resistencia de los musulmanes, que ya conocían las armas de fuego portátiles y la artillería. En consecuencia, el dispositivo español norteafricano fue sencillamente una línea de fortalezas o presidios costeros (25), que eran fuertes solitarios y aislados, dependientes en gran medida del aprovisionamiento exterior, de forma que ese rosario de plazas llegaría a ser una carga muy pesada para la corona, que tiene que buscar su abastecimiento incluso entre las propias poblaciones africanas islámicas, de manera que desde los primeros años de la «aventura» africana se aplicó un sistema de avituallamiento en el que la procedencia de los productos era doble, nativa (gracias a los llamados «moros de paz») y peninsular (en lo que será fundamental la Capitanía General de Granada).

---

(23) Vid. sobre el particular, RICARD, R.: «Le problème de l'occupation restreinte dans l'Afrique du Nord (XV-XVIII e siècle)», en *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, n.º 8, 1936, pp. 426-437 y BRAUDEL, F.: «Los españoles y África del Norte de 1492 a 1577», en *En torno al Mediterráneo*, Barcelona, 1996, pp. 41-100.

(24) Vid. lo señalado por ALONSO ACERO, B.: «Trenes de avituallamiento en las plazas españolas de Berbería», en GARCIA HERNÁN, E., y MAFFI, D. (Eds.): *Guerra y sociedad en la monarquía hispánica. Política. Estrategia y cultura en la Europa moderna (1500-1700)*, vol. I, Madrid, 2006, pp. 749 y ss.

(25) Para la caracterización de los presidios como recinto militar, LABORDA BARCELÓ, J.: *Las campañas africanas de la monarquía hispánica en la primera mitad del siglo XVI*, pp. 106 y ss.

En tiempos de los Reyes Católicos se va a realizar un gran esfuerzo, impulsado en gran medida por Cisneros, para conseguir el dominio de plazas de la orilla meridional del Mediterráneo: en 1505 se conquistaba Mazalquivir; en 1506 se ocupa la fortaleza de Cazaza y se consolida la posesión de Melilla, bajo la autoridad del Duque de Medina Sidonia (26); en julio de 1508 los cristianos se apoderan del Peñón de Vélez de la Gomera y en mayo de 1509 se consiguen un resonante éxito al tomar Orán, cuya conquista animó a proseguir hacia el este en busca de nuevos éxitos: cayó Bugía, Argel se sometió y su ejemplo fue seguido por otras ciudades y lugares en 1510 y 1511 y en 1512 hace lo mismo Tremecén. A fines de julio de 1510 se había puesto en marcha la acción contra Trípoli, ciudad fortificada mejor que Bugía y Orán y a diferencia de lo que sucediera en éstas —que se entregaron nada más caer la fortaleza—, en las calles se desarrolló una sangrienta lucha, que se decantó finalmente del lado cristiano, consiguiendo un rico botín. Pero no todo son éxitos: se fracasó ante Los Gelves y en los islotes de los Querquenes.

Mientras tanto, en el este del Mediterráneo se había ido consolidando cada vez más el poder turco, y con Bayezid II (1481-1512) dejó claramente manifiesto su deseo de avanzar decididamente hacia el oeste, un avance temible para los estados cristianos, que ya empezaban a sufrir los efectos dramáticos de sus ataques, perpetrados por muchos corsarios entre los que destacaban los hermanos Horuc y Kheyr-ed-Din Barbarroja (27), que se asentaron en Djerba, para después cambiar su base de operaciones a Túnez y La Goleta, uno de los mejores puertos mediterráneos, desde donde se hacían temer por todos los estados cristianos litorales.

En 1516, año en que muere Fernando el Católico, los hermanos Barbarroja se apoderaban de Argel (28), mientras los turcos de Selim I conquistaban Siria y Egipto (1517). El sultán turco y los Barbarroja sellaron una alianza contra la que debería enfrentarse Carlos V (29), pues esa alianza daba entrada en el Mediterráneo occidental a una formidable fuerza naval enemiga y en 1519, Kheyr-ed-Din reconquistaba el peñón de Argel, una excelente base para sus correrías posteriores, en las que muy pronto contaría con la connivencia de Solimán el *Magnífico*, llegado al trono turco en 1520, donde se mantendría cuarenta y seis años.

En la década de 1530, las primeras fortificaciones realizadas en el norte de África tuvieron que ser reforzadas, pues el Mediterráneo se había convertido en escenario del choque cristiandad-turcos. Melilla, Mazalquivir y Orán, entre

---

(26) Sólo unos lustros, pues en 1534 se perdió como consecuencia de una traición, ya que un soldado asesinó al alcaide para entregarla a los musulmanes que previamente le habían sobornado. Los españoles salieron precipitadamente de Cazaza.

(27) BELACHEMI, J.: *Nous, les frères Barberousse, corsaires et rois d'Alger*, París, 1984, y BUNES IBARRA, M. A.: *Los Barbarroja. Corsarios del Mediterráneo*, Madrid, 2004.

(28) Vid. SOLA, E.: *Un Mediterráneo de piratas: corsarios, cautivos y renegados*, Madrid, 1988

(29) Vid. ESPINOSA, A.: «The grand strategy of Charles V (1500-1558): Castille, war and dynastic priority in the Mediterranean», en *Journal of Early Modern History*, núm. 9, 2000, pp. 239-283.

otras, levantaron murallas y torres diseñadas por los más expertos arquitectos e ingenieros militares, con lo que se fortalecía la resistencia al islam, se podía atalayar mejor el litoral sur del Mediterráneo y mantener relaciones comerciales con las tribus del territorio, que vendían su grano a la corona y ésta podía avituallar las guarniciones y utilizarlo también en las provisiones de las armadas; si añadimos los beneficios derivados de tráfico de cautivos y los rendimientos de las cabalgadas, es comprensible que pese a los costos y a la dificultad de su mantenimiento, la monarquía no renunciara a aquellas plazas y desoyera las voces que clamaban por su abandono.

Con Felipe II se entra en una fase de planteamiento diferente, pues la paz de Cateau Cambresis con Francia (1559) deja un margen de maniobra que cambia la orientación de la flota, deseando un asentamiento mejor en Marruecos, lo que entrañaba el aumento de la flota y su cambio de estructura (30). Pero la seguridad en el mar no podía garantizarse con el simple incremento de las galeras propias y de los aliados: era preciso formar una liga, una alianza, como tendría que reconocer también Venecia años después, iniciativa sancionada por el Papa, que le da el calificativo de santa: Lepanto (1571) será el fruto obtenido por la conjunción de esfuerzos, pero sin proyección de futuro.

De manera general, podemos considerar que hasta la década de 1640 el espacio mediterráneo español e italiano quedaron apartados de los grandes conflictos europeos: la liberación de Malta y la jornada de Lepanto fueron ocasiones excepcionales que brillaron en medio de la «mediocridad» imperante; la reacción ante ataques y amenazas originó una estrategia de carácter defensivo (31) con la aplicación de medidas parecidas en los diferentes espacios amenazados, sin que existiera una visión estratégica coherente y de conjunto, pues las «novedades» se superponían, lisa y llanamente, sobre lo ya existente, como se comprueba sobre todo en Cerdeña, Sicilia y Nápoles. A tenor de tales realidades, se ha apuntado que la monarquía hispánica organizó la defensa sobre «bastiones», pues tal sería la función de las provincias periféricas, protectoras de las del interior, que en correspondencia les ayudaban militar y financieramente (32).

---

(30) No podemos más que aludir someramente a las cuestiones relacionadas con el dominio del mar, pues no es nuestro objetivo; sin embargo, la dimensión marítima a la que hacemos referencia nos parece ineludible, por cuanto está directamente conectada con la suerte de los territorios italianos vinculados a la monarquía hispánica. Más detalles sobre este planteamiento en ANATRA, B.: «Mediterrània, Espanya, Italia i els turcs», en *Manuscripts*, núm. 16, 1998, pp. 87-100.

(31) En esa estrategia no faltan aspiraciones de cobertura naval eficaz, pues todavía a principios del siglo XVII los corsarios y sus ataques eran una fuente permanente de preocupación, lo mismo que la actitud veneciana y la, siempre temida, amenaza francesa. Un análisis de estas cuestiones en relación con la presencia española en Italia, sobre todo en Cerdeña y Sicilia, SORGIA, G.: *Spagna e problema mediterranei nell'Età Moderna*, Padova, 1973, particularmente «Problema difensivi spagnoli nel Mediterraneo centro-occidentale nella prima metà del secolo XVII», pp.3 y ss.

(32) Así lo apuntó C. RILEY en su tesis doctoral (*The State of Milan in the Reing of Philip II os Spain*, Oxford, 1977), de lo que se hace eco RIZZO, M.: «Centro spagnolo e perife-

## Las fortificaciones

En todo este largo proceso, en el transcurso de la lucha mantenida por musulmanes y cristianos, la fortificación ha sido un elemento fundamental y nos hemos referido a ella constantemente en las páginas precedentes, poniendo de relieve las novedades que se producen en este terreno.

En efecto. La vieja fortaleza dominante, el castillo arriscado y elevado de murallas altas y planas pierde todo su protagonismo, pues ni sus murallas y ni sus torres redondas o cuadradas son capaces de aguantar los impactos de un bombardeo continuado de la artillería, por lo que se imponía la transformación en la manera de concebir la fortificación y eso, a su vez, supone una modificación de la forma de plantear los sitios, un nuevo planteamiento en que el asalto no resulta viable más que cuando las defensas físicas y humanas se han debilitado. En cualquier caso, el tiempo de los viejos castillos medievales había terminado. Su estampa recortándose en el cielo, encima de un monte, permanecería en el recuerdo o como un componente decorativo de la fisonomía de un determinado lugar, que muy pronto quedaría obsoleto y caminaría, de manera irreversible, hacia su ocaso quedando unas ruinas de su viejo esplendor, si un esfuerzo considerable, económico y de restauración, no los recuperaba de su postración. Algo que ha ocurrido en muchos casos y que nos permite percibir con claridad y exactitud su antiguo esplendor y significado.



Alcazaba de Vélez Blanco (Málaga).

---

da nell'impero asburgico tra Cinque e Seicento», en *Rivista Storica Italiana*, núm. 104, 1992, pp. 321 y ss.

Aquí tenemos una buena muestra de lo que decimos: murallas altas y escarpadas, lisas para dificultar al máximo su escalada, y unas almenas en su extremo superior para facilitar la defensa y dispensar protección a los efectivos de la guarnición. Unas arcadas suavizan la dureza de las líneas y nos hacen pensar en algunas estancias más confortables, las del responsable de la fortaleza.

En este caso, estamos ante una fortaleza de líneas rectas y torres rectangulares, pero no es la única forma de construcción. Son muchos los casos, también, en que se recurre a las torres circulares, como vemos en la imagen siguiente, donde el emplazamiento geográfico y la construcción sobre el terreno muestran gráficamente las posibilidades de un recinto semejante cuando la artillería no existía.



Alcazaba de Almería.

Nos hemos referido anteriormente al dispositivo defensivo instalado, de manera bastante generalizada, en las costas mediterráneas, articulado sobre torres vigías y recintos fortificados. Constituyendo una especie de rosario que jalonaba el litoral para controlar los ataques enemigos y avisar con la antelación suficiente al vecindario, a fin de aprestarse a la defensa, y transmitir con rapidez las alarmas que permitieran reaccionar con prontitud a las guarniciones de esos recintos.

Recogemos dos muestras de las torres vigías. Una de planta cuadrada, más antigua, que nos presenta la puerta a considerable altura: un recurso defensivo peculiar, pues sólo se podía acceder al interior si desde dentro descolgaban una escala; si no, había que escalar y eso ponía en ventaja a los defensores.



Torre de Entrerríos (Algeciras, Cádiz).

La siguiente es de planta circular, algo más moderna, pero es muy similar y las funciones son idénticas.





Torre Ladeá (Algarrobo, Granada) (33).

Las fortificaciones, con una guarnición de efectivos variables, eran construcciones de mayor envergadura y en su construcción se advierten ya los inicios de los baluartes, aunque su estructura sigue siendo muy simple, como podemos ver en la imagen siguiente:

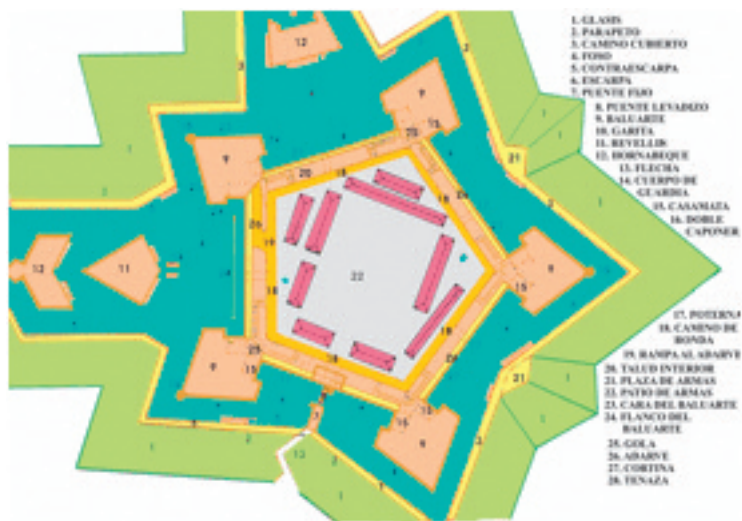
---

(33) GIL ALBARRACÍN, Antonio, *Documentos sobre la defensa de la costa del reino de Granada (1497-1857)*, Almería-Barcelona, 2004, p. 701.



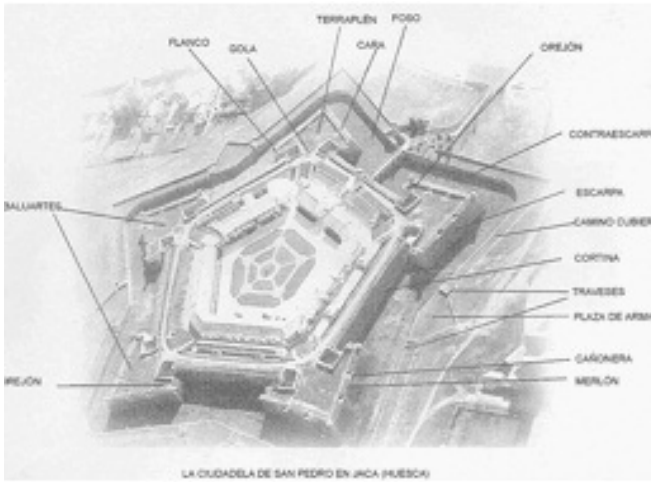
Fuerte de Calahonda (Granada).

Estas fortificaciones serán mejoradas sensiblemente en el siglo XVIII, pero para entonces ya se había acumulado una larga experiencia en las fortificaciones de arquitectura abaluartada, que irrumpe poderosamente en el panorama constructor del siglo XVI y, que en un esquema ideal (34), presenta los componentes que vemos en el gráfico siguiente:



En no poca medida, todos esos componentes eran llevados a la práctica en las ciudadelas o fortalezas, aunque el terreno imponía siempre sus «condiciones», pues uno de los principios de la fortificación abaluartada era aprovechar los accidentes geográficos para hacer más difícil su cerco y conquista; en Espa-

(34) Más detalles en el Curso de Poliorcética que imparte el Instituto de Historia y Cultura Militar.



fotografía de la ciudadela de Jaca, donde podemos observar los elementos más significativos de la construcción abaluartada, propios del recinto amurallado principal.

ña, por ejemplo, los fosos eran secos en la gran mayoría de los casos, mientras que en países septentrionales o centrales europeos, abundantes en agua por sus ríos o por su proximidad a la costa, los fosos estaban llenos de agua.

La imagen siguiente es una especie de manipulación y retoque de una



Génova.

Fortalezas de este porte sólo podían conseguirse si se hacían completamente nuevas, pero la prisa en disponer de una defensa adecuada lo antes posible y los agobios económicos de los Estados hacen que en numerosas ocasiones se

aproveche lo existente y se robustezca con estructuras de la nueva arquitectura militar, de forma que, durante mucho tiempo, las viejas fortalezas convivieron con las nuevas, que las iban desplazando progresivamente. Hemos elegido algunos frescos del palacio de El Viso para ver el aspecto que presentaban unas ciudades que habían tenido importancia secular, que aún la tenían y que deseaban protegerse con los nuevos sistemas defensivos.

En este sentido, estamos ante auténticas «fotografías» de la época, de mediados del siglo XVI, y hay unos detalles bastantes significativos que nos hacen pensar lo bien informado que estaba el artista que pintó esta galería de ciudades, íntimamente vinculadas a las gestas navales de D. Álvaro de Bazán.



Nápoles.

En la estampa de Génova podemos ver las viejas fortificaciones dominantes a la entrada del puerto y en las colinas circundantes, mientras que las nuevas murallas forman el perímetro que rodea el casco urbano.

Otro tanto, podemos decir de Nápoles, cuya muralla exterior conserva en ciertas partes la vieja construcción, destacando poderosamente el castillo, modernizándolo con obras abaluartadas en su exterior y procurando que el foso se anegara con el agua del mar. Una serie de construcciones exteriores dificultaban un posible asedio por tierra y protegían la fachada marítima.

Algunos de estos elementos los vemos más claramente todavía en Mesina, una de las principales ciudades de Sicilia y una de las bases navales de mayor actividad en el Mediterráneo cristiano. En ella no hay grandes edificios antiguos de corte militar, aunque sí los hay de un porte bastante digno, pues no

en vano fue capital de virreinato. Se nos presenta completamente rodeada de un foso húmedo, enlazado con el mar por sus dos extremos. La bocana del puerto tiene defensas abaluartadas a ambos lados, en el caso del cabo o barra es una fortaleza exenta; mientras que en el lado de tierra, la defensa de la entrada y de las mismas aguas portuarias corría a cargo de la muralla protectora de la ciudad, modernizada en la parte más expuesta.



Mesina.

De todas las fortificaciones o, mejor, de todas las ciudades amurallas del Mediterráneo, una de las más impresionantes era Argel.

En la imagen podemos ver con facilidad los grandes recursos defensivos de que disponía. Un puerto muy abrigado, con un bastión al comienzo de la entrada, que exigía navegar un trecho antes de llegar al interior, y en ese trayecto una cortina artillada dificultaba más la progresión del enemigo. La ciudad, propiamente tal, aparece rodeada de una muralla abaluartada, parte de ella artillada, sobre todo la plaza de armas que se observa a la derecha. Un foso convierte el recinto urbano en una isla, pues el agua del mar lo invade en su totalidad y para salvarlo hay algunos puentes levadizos. Al fondo, y dominando el conjunto, destaca el último reducto defensivo, una fortificación que presenta todas las características de una fortaleza dominante, en lo que es una magnífica muestra de la convivencia de los dos sistemas de fortificación que perduró durante unas décadas.



Argel.

Y he dejado para el final una imagen que me parece especialmente significativa: la de Ceuta



La ciudad conserva una fuerte impronta medieval, como demuestra el recinto amurallado, en el que no hay baluartes; pero como decíamos, el artista debería tener muy buena información de cuanto plasmaba en la pared, ya que incluye en el dibujo un entrante de agua entre el recinto amurallado y la elevación de tierra de la derecha que tiene una fortificación en la cima. Justamente en esa zona, los portugueses levantarían las murallas abaluartadas que aún hoy pueden visitarse y que constituyen uno de los atractivos de la ciudad. Por otra parte, estamos ante una escena bélica: en tierra se ven contingentes en acción y en el mar un elevado número de galeras, lo que parece indicar que han llevado hombres y recursos en cantidad.

En suma, una escena que refleja muy bien lo que fue en gran medida el Mediterráneo en el siglo XVI: fortificación, guerra, comercio, la galera como símbolo y el arte como testimonio de lo que fue.